

DE LA SOPA DE LETRAS AL MONOPOLIO DE PODER

■ Crecieron y se multiplicaron como la diáspora en primavera. Pero su vida, en la inmensa mayoría de los casos, fue tan efímera como el rosal tardío en otoño. De 385 —nada menos— apenas deambulan con mínima compostura una docena, quizá una veintena, a la sombra, el impulso o el reflejo, con eco desbocado, del poder. ¿Dónde están, a dónde fueron los casi cuatrocientos partidos inscritos en la ventanilla de Gobernación, allá por entonces, en aquellos tiempos remotos de la premodernidad en que el Tribunal Supremo determinaba los criterios de legalidad? Se esfumaron. No quedó —no queda— ni rastro. *De la sopa de letras* hemos pasado, en una extraña mutación la reforma, *al monopolio bicéfalo del poder*. Extraña, rigurosa, implacable terapéutica de la historia. Las urnas decidieron que sólo dos partidos, con el consenso obligado de los demás, habrían de gobernar con menos de la mitad de los votos ciudadanos a sus espaldas una nación de 35 millones de habitantes. Fue —dijeron— la voz del pueblo. Fue —pienso yo— un dramático secuestro de la auténtica expresión nacional. No lo entendieron así, quizá, ni unos ni otros, ni vencedores ni vencidos. Los primeros nos invadieron de reinos de Taifas, de regalías, de nepotismo, de esterilidad burocrática y de embriaguez demagógica. Los segundos, increíblemente, aceptaron en muchos casos un lamentable papel de comparsa. ¿No había una oposición real y leal al nuevo «status» del cambio? ¿No existía ninguna posibilidad de una tercera alternativa entre «los grandes»? El llamado «bipartidismo» se impuso totalitariamente devorando cualquier contestación discrepante. En el nombre sagrado de la libertad se aplastó democráticamente la libertad de los demás para pensar distinto. Y muchos ni siquiera protestaron. Aceptaron mansamente su papel con docilidad, con sometimiento. Ahí los vieron ustedes a dos líderes de las minorías marginadas, Tierno Galván y Fernández de la Mora, en una extraordinaria lección de dominio intelectual, sí, pero también en una lamentable postración ante las vicisitudes del desgoberno. ¿No quisieron afrontar, acaso, la empresa de la dignificación y representación de los excluidos? El rigor académico, la profundidad magistral y la serenidad de dos brillantes cabezas de serie de la democracia liberal no ha deparado una lamentable frustración de inoperancia. No, no se trata de reprocharles ni su elegancia doctoral ni mucho menos el empeño con que respaldaron sus ideologías. Les faltó a los dos posiblemente, sobre todo, la conciencia del pueblo que enarbolaron en sus esquemas. Y la seguridad de que, ante todo y bajo todo, late el corazón inmarcible de España.

* * *

■ Fue un sabroso debate. Todo un contrapunto que marcaba la distinción entre políticos —gestores de la voluntad nacional— y aficionados a la política. Muchos se acordaron de otro encuentro televisado, igualmente ilustrativo, en el que comparecieron Nicolás Redondo y Marcelino Camacho. La diferencia entre el coloquio del miércoles y la diatriba de hace unas semanas entre dos conocidos «líderes» sindicales marca la ruptura entre un futuro articulado con precisión y la improvisación de dos advenedizos de la partidocracia. Para mí, sobre todo, significó la convicción última de que diálogo debe ser el único camino para una España en crisis de crecimiento. Muchos, ante el equilibrio de ambos interlocutores, hasta hemos llegado a pensar ingenuamente que todavía puede ser posible en nuestra Patria una discusión razonada, sopesada, argu-

mentada, de los problemas que aquejan a la piel de toro hispánica. ¿Puede ser verdad? «Las bombas que lanzaron sobre nosotros no reflejaban ese estado de ánimo, ni mucho menos». Lo dice un joven militante de Fuerza Nueva que se salvó por los pelos del atentado recientemente producido en Valencia. Ni parecen reflejarlo la continua instigación a la violencia que programa el marxismo en sus diversas esferas de actuación (cárceles, fábricas, Universidad...) con amenazas manifiestas o veladas a las personas, las instituciones (si es que queda alguna sin demoler) o la comunidad. «Fuera de todo maniqueísmo —afirma un joven profesor de Biología— lo que me parece claro es que el comunismo busca por encima de todo la justificación de su comparecencia. El PCE no solamente quiere intervenir políticamente; quiere que le llamen, que un clamor nacional exija su presencia. Quiere ser el nuevo «Deseado» de la reforma democrática. Por eso su acción se concreta mucho más en denunciar para motivar su oferta que en plantar cara resueltamente a las responsabilidades de una oposición real». El PCE nos prepara como a catecúmenos inexpertos, para el advenimiento de su *Salvación*, con mayúscula. Aquí no desea emplear los tanques del Pacto de Varsovia. Prefiere, simplemente, motivar psicológicamente a la comunidad para que su llegada esté rodeada de un inconsciente mar de puños encendidos. Las consecuencias vendrán después.

* * *

■ Me cuentan que UCD dispone nada menos que de un computador para anticipar los resultados del referéndum con un margen de error inferior al 1,3 por ciento a nivel nacional. Casi nada. ¿Para qué votar, me pregunto, si Suárez y su Gobierno conocen ya por anticipado los resultados de votación? ¿No será mejor abstenerse para que las máquinas transmitan automáticamente a UCD nuestro inconfeso propósito electoral? Es curioso cómo se propaga el afán de anticipación cuando resulta que ni trabajadores ni vecinos se han pronunciado al respecto. ¿Alguien quiere pensar por nosotros? ¿No estamos suficientemente maduros para votar solos? UGT y CC.OO. deben entenderlo así, cuando resulta que «en nombre de la auténtica voluntad de los trabajadores» (?) han negociado por su cuenta y riesgo contando con la anuencia de la Administración el calendario de las elecciones sindicales. Y lo que es más gordo, se han negado en brillante comunicado a mantener negociación alguna con los sindicatos que ellos califican y excluyen como «amarillos». Si la democracia y la concordia se mide en obras, las centrales comunista y socialista han dado una jocosa lección de autenticidad excluyendo de todo diálogo a quienes no comparten su mismo criterio. Aleccionador. Más sustantivo todavía es advertir las pintadas de Comisiones Obreras convocando a la «unidad sindical». Por favor, ¿no habíamos quedado en que la unidad fue una «turbia estrategia» de la reacción franquista para sojuzgar a los trabajadores? Mira por dónde quienes más atacaron la unidad sindical existente en la desaparecida Organización Sindical son los que ahora nos ofrecen otra unidad en la que, sin duda, ellos ocuparán la cima de la pirámide. Al final igual resulta que CC.OO. no acepta las convenciones de libertad sindical dictadas por la OIT. Todo podría ocurrir.